
CONSEJO DE REDACCIÓN

Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata, Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin

COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschi (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Lucio Florio
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

COMMUNIO

<i>Editorial</i>		
<i>Han-Heiner Tük</i>	3	Sólo el amor es digno de fe
<i>Francisco Bastitta Harriet</i>	19	La iniciativa del amor en el Cantar de los Cantares
<i>Luis Heriberto Rivas</i>	27	“Dios es amor” (1 Jn 4, 8.16)
<i>Gonzalo J. Zarazaga</i>	39	Predicar el amor, predicar la Trinidad
<i>Nancy Viviana Soria</i>	55	Dios amor en Edith Stein
<i>José D. Jiménez</i>	63	El amor social en la Ciudad de Dios
<i>Luis Baliña</i>	87	Quinque sunt viae
<i>Ludovico Videla</i>	93	La economía del amor
<i>Anónimo</i>	101	Carta de un padre a su hija posmoderna, sobre el amor que nos tiene Dios

LA INICIATIVA DEL AMOR EN EL CANTAR DE LOS CANTARES

*Francisco Bastitta Harriet**

Hay una cierta creencia, consecuencia de la herida del pecado, que puede encontrarse en nuestros corazones humanos muy a menudo. Ella es considerar que nuestra existencia se basta por sí sola, que somos todo lo que necesitamos y gracias a nadie más que a nosotros mismos. De hecho, es cierto que nuestra vida cotidiana se va desplegando sin mucho esfuerzo. Los procesos orgánicos de nuestro cuerpo, la respiración, los impulsos y deseos, todos nacen espontáneamente allí. Además, percibimos, pensamos, decidimos y actuamos por nuestros propios medios. Transcurrimos el instante presente como si nada nos precediera. Más aún, a veces nos parece que, si nos lo propusiéramos, podríamos alcanzar sin ayuda cualquier meta.

Uno de los libros más bellos de la Sagrada Escritura, el Cantar de los Cantares, intenta apartarnos de la inercia de esa convicción, al menos, engañosa. Es el *Shir hashirim*, el canto por excelencia, en cuyas páginas se entona una sublime alabanza del amor, del encuentro íntimo entre el varón y la mujer y –según las ricas tradiciones judía y cristiana– de la alianza de Yahvé con su pueblo, del esposo Jesucristo con su amada, la Iglesia, y cada uno de los hombres.

La perspectiva desde la que intentaremos aproximarnos al texto del Cantar nos anima a romper aquella ilusión de autosuficiencia, porque el mensaje de este conjunto de poemas dramáticos, en todos sus niveles de interpretación, es muy claro: la verdadera plenitud del corazón humano no puede encontrarse en la soledad, sino en el encuentro con otro. Parece decir: sólo cuando se dejan caer las murallas interiores, cuando uno es tocado íntimamente por la iniciativa amorosa de otro, sólo entonces se puede responder con amor al amor y celebrar la plenitud de la vida.

* Miembro del Consejo de Redacción de “Communio” (ed. argentina).

La iniciativa del Amor en el Cantar de los Cantares

Ya que los poemas no siguen un estricto orden cronológico o temático, nos detendremos a reflexionar sobre las situaciones que viven los personajes en distintos lugares del libro, descritas con gran belleza y cargadas de simbolismo.

La ausencia

La muchacha que protagoniza el poema expresa una profunda tristeza en varios versos del Cantar: sufre por su soledad. Está perdida y no encuentra consuelo. Vivió desamparada, y el sol ha quemado su piel a la intemperie; sus propios hermanos se volvieron en su contra (1, 6). Su viña, que simboliza su cuerpo y su corazón, ha sido descuidada por ella misma (1, 6) e incluso maltratada por los hombres: “Me golpearon, me hirieron, me quitaron mi capa” (5, 7).

Pero todas estas adversidades representan una carencia mucho mayor aún y central al mensaje del poema. Nadie le ha revelado a la joven la belleza que hay en ella. No encontró en la tierra el calor y la alegría de un abrazo, el afecto de una madre, los besos y caricias de un esposo. Se siente abandonada y rechazada. Debíó levantar muros defensivos en lo profundo de su corazón por miedo a mostrarse como es y a ser lastimada de nuevo. Y allí detrás está, sola.

*“En mi lecho, por la noche,
busqué al amor de mi alma,
lo busqué y no lo encontré.”*

(Ct 3, 1)

Hasta las personas más desesperanzadas, las que reniegan del amor e incluso de Dios, tienen el corazón empeñado en esta búsqueda. Es como si palpitaran en su interior –puede que no de manera consciente– con esa pregunta de la doncella: “¿Habéis visto al amor de mi alma?” (3, 3). Nuestro libro parece expresar ese estado interior con la frase: “Yo dormía, pero mi corazón velaba” (5, 2). Aunque adormecidos o distanciados del amor, anhelan profundamente experimentar que alguien los ama y los valora. Desean conocer a ese alguien y abrirse a la comunión con él.

Pero no es fácil reconocer la presencia del amado, de aquel a quien por diversas razones se ha dejado de lado. Esto no implica que el amado no esté allí, sino que las heridas y barreras interiores impiden verlo y oírlo. Ya lo decía el gran Anselmo de Canterbury acerca de Dios: “En ti me muevo y en ti existo, pero no puedo acceder a ti. Estás dentro mío y a mi alrededor, y no te percibo” (Proslogion, XIV).

En el cuarto poema del Cantar se relata el desencuentro entre los amantes con más detenimiento. “¡Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía sin mancha! Que mi cabeza está cubierta de rocío y mis rizos del relente de la noche” (Ct 5,

2), exclama con entusiasmo el muchacho desde afuera. Pero la joven, que estaba dormida, tarda demasiado en reaccionar. Cuesta entender que la que deseaba tan profundamente estar con él ahora lo ignore y piense para sí: "Me he quitado la túnica, ¿cómo ponérmela de nuevo? Ya me lavé los pies, ¿cómo volver a mancharlos?" (5, 3). Y el momento dramático culmina cuando la muchacha, que se da cuenta de lo que ha hecho, se apresura a abrir la puerta. "Abrí yo misma a mi amado, pero mi amado se había marchado. El alma se me fue con su huida. Lo busqué y no lo hallé, lo llamé y no respondió" (5, 6).

Creo que este pequeño episodio del poema, como el resto del libro, se puede y se debe leer en todos sus niveles de interpretación. Allí están el sentimiento de dolor de una mujer y el grito del propio cuerpo por el amor humano no correspondido, por el deseo frustrado. Allí está también el aislamiento psíquico y afectivo de los que padecieron el rechazo o la violencia. Allí están por último las tinieblas del espíritu humano cuando se aleja de Dios, cuando se vuelve sobre sí mismo y reniega del don gratuito, y su vida se marchita.

Pero he aquí que el amado no se ha dado por vencido. Está dispuesto a buscar a la muchacha hasta el sitio lejano adonde se ha desterrado. Insiste con su invitación a pesar de las negativas. Se aproxima y se ofrece por entero a la que no se siente siquiera digna de ser mirada. Cuando una relación se quiebra, la brecha que separa a los corazones es profunda. Sólo el que ama verdaderamente es capaz de dar el primer paso, de exponerse al rechazo y a ser lastimado de nuevo. El joven se atreve, y las palabras que salen de su boca irrumpen en la escena del Cantar como una ráfaga poderosa que devuelve la vida a la trama.

La iniciativa

En el comienzo del segundo poema (2, 8) la muchacha, que yace en la soledad de su casa, es sorprendida por una voz que se acerca y la reconoce. Entonces, ella misma dice:

*"Miradlo, aquí llega,
saltando por los montes,
brincando por las colinas.
Mi amado es una gacela,
semejante a un cervatillo.
Mirad cómo se para
oculto tras la cerca,
mira por las ventanas,
atisba por las rejas."
(Ct 2, 8-9)*

La iniciativa del Amor en el Cantar de los Cantares

La gracia y la suavidad con las que el muchacho vuelve a entrar en la vida de su amada recuerdan el “susurro de una brisa suave” con el que Yahvé manifestó su presencia a Elías en el Horeb (1 R 19, 9-14). El joven se aproxima con delicadeza y timidez. No pretende de ningún modo forzar a su compañera ni imponer su voluntad o el deseo de unirse a ella. Al contrario, se le ofrece por entero sin máscaras, estrategias o intenciones ocultas.

La dulce voz que brota de sus labios, sin embargo, posee un poder insospechado, muy distinto que el del huracán, el del terremoto y el del fuego. Su humilde presencia comunica una fuerza vivificante, que puede despertar a la joven de su sueño profundo. “Levántate, amor mío, hermosa mía, y ven” (Ct 2, 10), empieza a decir, y luego describe el bello paisaje de primavera, por donde la invita a pasear. Las flores, los aromas de la naturaleza, el canto de los pájaros, todo le ofrece para disfrutar juntos.

Pero detengámonos un momento en esa primera invocación. El verbo hebreo que traduce el imperativo “levántate” es *Qûm*, presente en la mayoría de las lenguas semíticas. El mismo verbo es evocado en un episodio bellísimo que relatan los evangelios sinópticos. En él, Jesús escucha la súplica de Jairo, uno de los jefes de la sinagoga, para que sane a su hija que está muy grave. Cuando aquél llega al hogar de la niña, le comunican que ya falleció.

Todos saben que la pequeña ha muerto, y la escena es de mucho dolor. Pero Jesús les dice que no teman, que simplemente “está dormida” (Mc 5, 39). El texto describe cómo él entra en la habitación donde yace la joven, acompañado sólo por los padres y los parientes más cercanos. Además, como en otros momentos significativos o reveladores de su misión, se afirma que ha tomado consigo a Pedro, a Juan y a Santiago. Jesús se aproxima al cuerpo de la niña y la toma de la mano. Luego, simplemente la llama: “*Talitá kum*”, “Niña, levántate” (Mc 5, 41). Dirige a la niña en arameo la misma invitación que el joven del Cantar a su amada, *¡qûm!* Y sus palabras, pronunciadas en la intimidad del encuentro, inundan el cuerpo de la pequeña de vitalidad y vuelven a encender su corazón. Lucas llega a afirmar que en ese momento “retornó el espíritu a ella” (Lc 8, 55). La chica se levanta enseguida y se pone a caminar, mostrando la plenitud de su curación, y los suyos celebran con asombro y alegría.

También en nuestro poema el despertar de la joven está lleno de vida y alegría, y el dormir es sinónimo del aislamiento, la cerrazón en sí mismo y la muerte. Las palabras que pronuncia el muchacho y sus gestos de amor atraviesan el muro entre la vida y la muerte. La muerte es aquí el estado de pecado, la herida que nos vuelve extraños frente al amor. Lo que hace el joven es revelar a la muchacha su verdadera belleza y animarla a salir de su encierro. “Paloma mía, escondida en las grietas de la roca, en los huecos escarpados, déjame ver tu figura, déjame oír tu voz, porque tu voz es muy dulce y atractiva tu figura” (Ct 2, 14).

En otra de las iniciativas del muchacho –que citamos más arriba– éste ruega junto a la puerta de la joven: “¡Ábreme!”. El verbo hebreo del texto, *Pataj*, aparece en los profetas para señalar tanto la *apertura* de los cielos (por ejemplo, en Ez 1, 1) como la *liberación* de Jerusalén encadenada (Is 52, 2). Este verbo también es pronunciado por Jesús, en su versión aramea, al curar al hombre sordomudo (Mc 7, 31-37). El relato detallado de las actitudes del Nazareno es, como en el episodio anterior, sumamente intenso y sugestivo. Primero, lo aparta de la gente y queda a solas con él, como hizo con la niña. Entonces, acerca los dedos a los oídos del hombre y los palpa. Luego, con su propia saliva le toca la lengua. Levanta los ojos al cielo y suspira. Parece dolerse por las heridas de ese corazón incomunicado. Y al fin, lo exhorta: ¡*Effatá!*, ¡Ábrete! La liberación de las ‘ataduras’ de los oídos y la lengua de aquel hombre despiertan la admiración de todo el pueblo.

La joven del Cantar de Salomón tampoco podía escuchar a su amado. No conocía su lenguaje. No entendía sus palabras de amor ni podía ella misma pronunciarlas. Evitaba su contacto y sus caricias. Pero cuando el muchacho se le hace presente de nuevo y vuelve a invocarla, todo cambia. Él la enaltece con innumerables elogios y alaba cada parte de su cuerpo. Recurre a las imágenes más bellas de cada uno de los sentidos para describirla, todas ellas tomadas de la naturaleza.

*“¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres.
tus ojos son palomas,
detrás de tu velo.
Tus cabellos, un rebaño de cabras
que baja por las colinas de Galaad.
Como una cinta escarlata son tus labios
y tu boca es hermosa.
Tus mejillas son cortes de granada,
detrás de tu velo.
Tus pechos son dos ciervos jóvenes,
mellizos de una gacela,
que pastan entre los lirios.
Toda hermosa eres, amada mía,
Y no hay mancha en ti.”
(Ct 4, 1.3.5.7)*

A pesar de la profunda herida en su corazón y de la imagen quebrada de sí misma, la mujer descubre en estas palabras y en los gestos del joven la *verdad* sobre ella misma, y su vida es radicalmente transformada, devuelta al amor. Y así, está preparada para unirse a aquél que la invita. Con renovada confianza, invoca a los vientos para que preparen su propio corazón, su huerto, para el encuentro. Las

La iniciativa del Amor en el Cantar de los Cantares

fuertes ráfagas purificarán de malezas a la tierra que estaba estéril y precederán la llegada del esposo y la fecundidad de la unión. “¡Levántate, cierzo, ven, ábrego! ¡Soplad en mi huerto, para que exhale sus aromas! ¡Que entre mi amado en su huerto y coma sus frutos exquisitos!”, exclama ella. Y el joven responde: “Ya entré en mi jardín, hermana mía, novia mía. ¡Comed, amigos míos, bebed, y embriagaos de amor!” (4, 16; 5, 1).

Los frutos del amor

El poder del amor, de abrirse y de darse a otro, de revelar su belleza, es el único verdaderamente fecundo. Sólo él puede restaurar lo que ha sido herido o quebrado. El mensaje del Cantar expresa claramente esta verdad. Nunca el amor ni la vida brotan de la soledad, del aislamiento. Es más, el hombre no puede amar por sí solo, y tampoco dar el primer paso. Es incapaz de restablecer lo que ha sido roto por el pecado. “Nosotros amamos porque él nos amó primero”, dice la primera carta de Juan (4, 19). Y ese amor (agâpe) es Dios mismo (1 Jn 4, 8).

Hay quienes creen que se debe decidir cuál es la lectura válida del cantar. Se dice que puede leerse simplemente como un bello relato erótico entre un hombre y una mujer, que de algún modo terminó formando parte del Canon de las Escrituras. También está la opción de la mayoría de los místicos medievales, que exigen apartar todo sentido literal del lenguaje sensual del poema y entender las imágenes de afecto, deseo y goce como símbolos de realidades puramente espirituales.

No veo la necesidad de optar por una de estas lecturas. Porque pareciera que el Cantar lo dice todo armónicamente. Allí, el deseo brota del amor y se plenifica en el don de sí. El verdadero gozo —afectivo, espiritual y sexual— no es la excitación o la evasión de un corazón herido, sino el saberse y sentirse amado y unido a otro, ya sea por la certeza de la fe, las palabras del amigo, el fervor de la oración, los abrazos y las caricias, o la comunión de los cuerpos. Dios no excluye al hombre y su amor no se aleja de los afectos humanos; todo lo contrario. La alegría que canta la muchacha no puede reducirse a lo espiritual, lo afectivo o lo corporal. Es todos ellos; un éxtasis divino y humano. “Confortadme con pasteles de uvas, reanimadme con manzanas, porque enferma estoy de amor. Su izquierda sostiene mi cabeza y su diestra me abraza” (Ct 2, 5-6). La entrega de su amado le permitió darse ella misma por entero. “Mi amado es para mí y yo soy para mi amado” (2, 16).

Concluimos esta pequeña reflexión con el testimonio del corazón transformado por la iniciativa del amor. Salió ya del adormecimiento del pecado y de la esclavitud del miedo. Decide ofrecerse a su amado como él se ha entregado a ella, y pronuncia el más bello de los himnos al amor del antiguo testamento.

Francisco Bastitta Harriet

*“Grábame como un sello sobre tu corazón,
como un sello sobre tu brazo,
porque el amor es fuerte como la muerte,
implacable como el Sheol la pasión.
Sus flechas son flechas de fuego,
sus llamas, llamas de Yahvé.
Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor,
ni los ríos anegarlo.
Si alguien ofreciera todos sus bienes
a cambio de amor,
tan sólo obtendría desprecio”
(Ct 8, 6-7)*